

Fernando Sebastián

SEMBRANDO LA PALABRA



dossiers CPL
editorial

Fernando Sebastián

SEMBRANDO LA PALABRA

Comentarios homiléticos a las lecturas
de los domingos y solemnidades

Dossiers CPL, 112
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

Con licencia eclesiástica.

No se permite la reproducción pública total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la autorización escrita de la Editorial.

Primera edición: septiembre de 2008

Edita: Centro de Pastoral Litúrgica
Rivadeneyra, 6, 7. 08002 Barcelona
ISBN: 978-84-9805-294-7
D.L.: B - 38.599 - 2008
Imprime: JNP

ÍNDICE

Presentación	7
Ciclo A	13
Adviento	15
Navidad	23
Cuaresma	37
Pascua	53
Solemnidades del Señor	71
Tiempo ordinario	77
Ciclo B	143
Adviento	145
Navidad	153
Cuaresma	167
Pascua	183
Solemnidades del Señor	201
Tiempo ordinario	207
Ciclo C	273
Adviento	275
Navidad	283
Cuaresma	297
Pascua	313
Solemnidades del Señor	331
Tiempo ordinario	337
Propio de los santos	403
2 de febrero. Presentación del Señor	405
19 de marzo. San José, esposo de la Virgen María	407
25 de marzo. Anunciación del Señor	409
24 de junio. Nacimiento de san Juan Bautista	411
29 de junio. San Pedro y san Pablo, apóstoles	413
25 de julio. Santiago, apóstol	415

6 de agosto. Transfiguración del Señor	417
15 de agosto. Asunción de la Virgen María	419
14 de septiembre. Exaltación de la santa Cruz	421
1 de noviembre. Todos los Santos	423
2 de noviembre. Conmemoración de los fieles difuntos	425
9 de noviembre. Dedicación de San Juan de Letrán	427
8 de diciembre. Inmaculada Concepción de la Virgen María	429

PRESENTACIÓN

La comunidad cristiana se reúne todos los domingos y fiestas de precepto para celebrar el Misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado, para escuchar la Palabra de Dios y participar en la liturgia eucarística. La tradición nos cuenta que desde el principio de la Iglesia en las celebraciones eucarísticas se proclama la Palabra de Dios, y quien preside la asamblea la comenta y la aplica a la situación concreta.

De este modo, se renueva en el tiempo y en el espacio el gesto de Cristo resucitado, camino de Emaús. En un primer momento, los dos caminantes reprochan a su nuevo compañero de viaje el no estar al día de los acontecimientos de los que hablan todos en Jerusalén, y se desahogan confesando la desilusión que les ha provocado la derrota humillante de aquel que esperaban como Mesías. Jesús, después de haberlos escuchado, les explica las Escrituras, los profetas y los salmos. Llegados al pueblo, insisten en que se quede con ellos aquella noche para darles la posibilidad de intensificar la intimidad creada a lo largo del camino y prolongar la conversación durante la cena. Jesús se sienta con ellos a la mesa y en un momento determinado, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Dice el evangelista que lo reconocieron al partir el pan.

El reconocimiento del Señor por parte de los dos discípulos fue precedido por un largo coloquio en el que el Maestro explicó las Escrituras, y a medida que caminaban sus corazones ardían en esperanza y sus ojos se iban abriendo hasta que lo reconocieron al partir el pan. La Palabra de Dios hace arder el corazón, ilumina las situaciones del presente y lleva de la mano a los dos caminantes a la mesa del sacramento del Pan eucarístico. Entre la situación inicial de aquellos dos discípulos y su posterior reconocimiento de Jesús media la explicación de las Escrituras en su contexto eucarístico.

El Concilio Vaticano II ha concienciado a sacerdotes y fieles sobre la importancia de la Palabra de Dios, subrayando que ocupa un puesto central en la vida de la Iglesia y, de un modo particular, en la celebración litúrgica. La Palabra de Dios ocupa el centro de nuestros corazones y de nuestros proyectos. Ella es, cada vez más, raíz y fuente de todo lo que somos. La vida de la Iglesia y nuestra vida gira alrededor de la Palabra. Dios ha hablado y continúa hablando hoy.

La Palabra de Dios ha sido siempre comentada en la Iglesia, sobre todo la Palabra proclamada en las celebraciones litúrgicas. Se explica su significado, se ayuda a que la Palabra sea meditada, orada y vivida con el testimonio evangélico.

La homilía forma parte integrante de la celebración litúrgica y se rige por leyes internas que brotan de la misma Palabra de Dios, de la vida de la comunidad y del misterio que se celebra. Este dinamismo conlleva una serie de exigencias para el homileta y para sus receptores.

Tres son las principales exigencias que debe tener presente el homileta: fidelidad al mensaje revelado, fidelidad a la comunidad concreta y fidelidad al misterio celebrado; en consecuencia, el homileta no es el señor sino el servidor de la Palabra, de la comunidad y del misterio que se celebra. Consecuentemente no puede comportarse como si fuera el dueño de ellas, ni manipular la Palabra según sus opiniones o gustos, sino el humilde servidor de las tres exigencias.

En relación a la Palabra, el homileta debe comprender el contenido y el mensaje que se desprende del texto sagrado, leído e interpretado por la tradición eclesial. Necesita prepararse; la improvisación perjudica a la asamblea y a la misma celebración. No es suficiente leer buenos comentarios exegéticos y ser un buen exegeta. Necesita acoger con fe amorosa y obediente la Palabra que pretende explicar y aplicar. El homileta es ante todo un creyente; el primero en la escucha y meditación, en la oración y en la fe. Los grandes homiletas han sido a la vez teólogos, creyentes y orantes. Los Padres de la Iglesia han unido estos tres aspectos, y sus homilías perduran en el tiempo. Ellos se han convertido en modelos para los homiletas de ayer y de hoy.

El homileta está al servicio de la comunidad. Para que la asamblea pueda comprender la Palabra divina, guardarla en el corazón y ponerla en práctica, es preciso que el homileta explique con lenguaje sencillo su sentido y procure

que la semilla de la Palabra produzca su fruto. El mismo Maestro, después de haber proclamado la eficacia de la Palabra en la parábola de la semilla, explica su significado al grupo de sus discípulos, como en una homilía, para introducirlos en el significado del misterio. Además, el homileta debe conocer la situación socio-religiosa y las sensibilidades culturales, sociales y eclesiales de la asamblea. La Palabra de Dios debe iluminar sobria e inteligentemente las situaciones y las necesidades de la comunidad de los fieles para que, ellos mismos, se miren en el espejo de la divina Palabra y acepten el compromiso de acogerla y llevarla a la práctica.

Finalmente, el homileta está al servicio del misterio celebrado y no puede prescindir de él. La homilía, considerada como un elemento integrante e indispensable de la liturgia, no está vinculada sólo a las lecturas bíblicas, sino que este vínculo se extiende a toda la celebración y se armoniza con el misterio celebrado. La Palabra de Dios se proyecta al sacramento, ya que el Verbo, el que es la Palabra, se hace también presente en las especies sacramentales del pan y del vino.

Por otra parte, el homileta debe proclamar el mensaje con santa valentía y libertad de espíritu, sin ceder a los gustos y apetencias personales o de los oyentes. Esa valentía es particularmente necesaria en los momentos en los que el evangelio choca frontalmente con los criterios de una sociedad laicista y con la indiferencia religiosa de muchos bautizados.

La homilía se caracteriza por su propio lenguaje. Depende del mensaje de las lecturas, de las características específicas de la asamblea y de las sensibilidades y situaciones actuales de la comunidad cristiana. El lenguaje es medio de comunicación y vehículo de transmisión de la Palabra de Dios relacionado con el aquí y ahora. Se mueve entre dos polos: el bíblico y el de la vida cotidiana de los fieles. Un aspecto esencial de ese lenguaje es que sirva realmente como vehículo de relación entre Dios y su pueblo y, por esta razón, debe ser sencillo e inteligible. El lenguaje del homileta se caracteriza por ser persuasivo, estimulante y capaz de iluminar situaciones, crear esperanza y optimismo en los fieles.

La homilía se mueve, por tanto, entre tres polos lingüísticos: el bíblico-litúrgico, el popular-existencial y el teológico-catequético. En un orden de cosas más concreto, Jesús sigue siendo un modelo inigualable de comunicación. Su lenguaje es profundamente religioso y misericordioso, positivo y optimista, interpelante y sugerente, sencillo y popular. En definitiva, es

un lenguaje coloquial, una charla amistosa entre un padre y sus hijos que, incluso cuando es exigente y correctora, nunca pierde el tono paterno-filial. El verdadero homileta imita a Jesús en el lenguaje coloquial y evita aspectos que suscitan la división en la asamblea. La Eucaristía crea comunión y no se ha de convertir en centro de división.

El presente libro recoge homilías pronunciadas por Mons. Fernando Sebastián, cmf, siendo arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela. Me propusieron hacer la presentación del mismo. En un principio dudé y me sentí confuso. Luego, acepté con cierto atrevimiento. Hace años que fui su alumno y el discípulo respeta y aprecia a sus maestros. Nunca pensé que un día debiera escribir la presentación a un libro suyo. Es cierto que el presente libro se caracteriza por su contenido y no es estrictamente ni teológico, ni exegético, ni sociológico, sino litúrgico. Contiene las homilías pronunciadas por D. Fernando en domingos y fiestas.

D. Fernando Sebastián se ha caracterizado por ser metódico y lógico en sus exposiciones, así lo era en su etapa de profesor y continúa siéndolo. La claridad de su pensamiento y de su lenguaje comunicador hacía que los alumnos prestáramos la máxima atención. En sus homilías continúa siendo metódico y lógico al comentar las lecturas bíblicas de domingos y fiestas. Comienza sintetizando el contenido de cada una de las tres lecturas, de esta forma enmarca el sentido bíblico de la celebración. Pasa, luego, a transmitir el mensaje de las mismas y, por último, propone a la comunidad reunida las sugerencias prácticas para la vida cristiana. Llama la atención la brevedad de las homilías. Se trata de un guión-base que él amplía cuando ejerce el ministerio del homileta. Su capacidad comunicativa y expresiva hace que sus homilías sean seguidas con mucha atención por parte de la asamblea.

En las últimas décadas se han publicado muchos comentarios a las lecturas dominicales. Si uno entra en una librería religiosa, observa que en una estantería abunda este género de libros. Cada libro con su propio estilo según la formación exegético-teológico-litúrgica del autor. Generalmente dedica páginas a un largo comentario de las lecturas, en cambio, D. Fernando es breve: su estilo consiste en insinuar, ayudar a la reflexión y ofrecer la posibilidad de que la Palabra de Dios sea orada y puesta en práctica.

A la hora de la selección de las homilías para la publicación la labor ha sido ardua. Se han escogido las que parecían más significativas y que pudieran ayudar al lector como lectura-preparación a la celebración, o al sacerdote

para prepararse para la celebración eucarística. La obra está destinada a los sacerdotes y a los fieles. Se podrían tener otros criterios, pero quien ha hecho la selección ha creído mejor los mencionados.

Auguro que estas páginas sean leídas, meditadas y oradas por muchas personas; transmitan gozo pascual y firme esperanza, como las palabras de Jesús resucitado a los dos discípulos de Emaús. Han pasado ya veinte siglos desde que Jesús caminó con los dos discípulos, y Cristo resucitado se hace contradicho hoy con su pueblo reunido, le habla en la intimidad aquí y ahora, y le revela por el Espíritu Santo el sentido de las Escrituras. Su Palabra hace arder el corazón y acompaña a la asamblea a la fracción del pan eucarístico. El misterio de ayer es el misterio de hoy.

Juan María Canals, cmf.

*Director del Secretariado
de la Comisión Episcopal de Liturgia*

Madrid 11 de julio. Fiesta de San Benito, 2008

